

dable. Derepente se cubrió la bahía de una multitud de lanchas y canoas: los buques mayores desplegaron todas sus velas, é iban y venían de barlovento á sotavento, sobre las ligeras ondas de este mar en leche. Resonaban gritos y aclamaciones de alegría, acompañados de músicas y cánticos armoniosos. Parecía aquello un lago encantado. Era el día de San Juan, y las familias salían á voltejear en el puerto.

Adiós, Manuel mío. Aunque yo quisiera disimular el estado de mi espíritu, no podrías menos de traslucirlo en esta carta. No te des por entendido, pues, con mi buen padre. Cuida mucha de su salud, ámale, y no te olvides nunca de este pobre prisionero. Adiós, otra vez.



CARTA XV.

EL DR. FRUTOS A D. PABLO.

Campeche, junio 28 de 1824.

Mi dueño y amigo. He visitado á nuestro querido Antonio, y puedo asegurar á Vd. que durante mi ausencia, se ha mejorado tan considerablemente, que al volver á verle, me pareció otro hombre. Está pálido y endeble; pero las manchas de su cuerpo, las úlceras, la contracción de los dedos y la lividez de sus labios, todo ha desaparecido, sin dejar más que uno ú otro vestigio superficial. Es verdad que sus ojos brillan como si fueran de fuego: que su pulsación es rápida: que su piel es una brasa; y que su aliento que-
ma, todo lo cual indica que el mal existe y

se halla concentrado. Mas, en recompensa, no hay deformidad, sus miembros están expeditos, el estómago digiere bien, el censorio conserva toda su energía y la desorganización se ha detenido, perdiendo la enfermedad un terreno considerable. Bendigamos al Supremo dispensador de estos beneficios, y pidámosle que se digne conservarlos. De esto depende la paz de ánimo de ese joven apreciable, y la tranquilidad de Vd., mi bueno y querido amigo. Yo le ofrezco que emplearé cuanto valga, si es que valgo alguna cosa, á fin de auxiliar los esfuerzos de la naturaleza, y conseguir que Antonio conserve, por lo menos, el estado de alivio en que le ha hallado. Cuento para ello con su natural docilidad y con el anhelo que todo enfermo tiene, aún en medio de la postración más profunda, de mejorar su situación triste y doloroso. ¡Cuánto influye en esto la moral!

Y diréle todo cuanto ocurre, para que Vd. y los amigos que tenga Antonio en esa capital redoblen sus consejos y amonestaciones que, en estas circunstancias, no vendrán mal. Si en sus dolencias físicas le he hallado en tan buen camino, no ha sucedido lo mismo respecto de las afecciones de su espíritu. Había aquí un joven enfermo, del cual hablé á Vd. en otra ocasión, como de un infeliz, por quien se interesaba Antonio con toda la suscepti-

bilidad de su alma ardiente y generosa. Por mi medio, se consiguió que la autoridad permitiese al indicado joven pasearse por las cercanías del hospital, sin embargo de las muy fundadas prevenciones que existían para negar este permiso, porque precisamente el día mismo en que la policía adoptó el partido de trasladarle del hospital de San Juan de Dios al de San Lázaro, el tal joven había intentado fugarse; y la cosa no paró en conatos, sino que realmente se escapó de las manos de sus conductores que no pudieron haberlo de nuevo, sino merced á algunos trabajos y fatigas.

Llegaron á hacerse amigos inseparables, y Antonio partía con su compañero de desgracia todas las comodidades que le proporcionaban el amor y la ternura paternal. Según los informes que me ha dado el capellán, eclesiástico virtuoso y de muy bellas prendas personales, estas relaciones se resfriaron por parte del joven favorecido, hasta el punto de negar el habla á Antonio, mirarle con indiferencia y rehusar su compañía; efecto, según cree aquel observador tan modesto como ilustrado, del extravío de espíritu y cabal trastorno de ese infeliz. Desde entonces, Antonio comenzó á abatirse llorando á menudo, sin comunicar á nadie sus pesares; porque otro amigo que se había proporcionado en sus excursiones, sujeto

honradísimo, á quien yo conozco muchos años ha, desapareció intempestivamente dejando abandonado el miserable oficio de sepulturero, á que se ve reducido para poder ganar el sustento diario.

Las cosas estaban allí, cuando el desdichado amigo y compañero de Antonio se escapó del hospital, en medio de una noche borrascosa. Infructuosas han sido todas las pesquisas que se han hecho, á fin de saber á dónde pudo haberse dirigido. La autoridad suspendió momentáneamente el permiso de que disfrutaban algunos enfermos, de salir á respirar fuera el aire libre; pero, por fortuna, esta medida no llegó á noticia de nuestro Antonio, por que fué revocada durante los días que permaneció encerrado, sin manifestar intento de salir.

Tales sucesos han causado estrago al enfermo; y faltaría yo á uno de los principales deberes de médico y amigo, si no pusiese todo esto en su noticia, con el fin loable de que concurráramos, de consuno, los que estamos interesados en la salud de Antonio, á la obra de volverle su anterior resignación, á la cual debe, sin duda, la mejoría que ha llegado á conseguir. Demasiado conoce Vd. las relaciones que existen entre lo físico y lo moral del hombre, para que Vd. fuera á extrañar el empeño que manifiesto. Escríbale Vd., pues, en este sentido; y que sea con ur-

gencia, porque el asunto lo merece de veras. Vd. no debe afligirse por estas noticias que en verdad no se las diera, sino fuera, porque tengo esperanza de que los consejos de un padre tan amante como discreto, influirán poderosamente en el éxito que propongo obtener.

Siempre se le veía leyendo, escribiendo ó dibujando. Todo lo tiene hoy abandonado: llora, suspira, pasea poco, y la melancolía vuelve á ocupar su ánimo, aun con más fuerza y vehemencia, que en los primeros días de su entrada en el hospital. Esto demanda remedio, porque en un pobre lazarino, un abatimiento semejante puede llegar á producir los más deplorables resultados.

Una de las cosas que más le preocupan, según he podido traslucir de sus exclamaciones y frases entrecortadas, es la de que los médicos desconocen la naturaleza de su enfermedad, ó que se han equivocado al calificarla de incurable. Yo no sé quién ha podido sugerirle una especie semejante, que si llegara á hechar raíz en su ánimo, todo esfuerzo para hacerle conformarse con su desgracia, sería lo mismo que hacer rayas en el agua. Yo no he consentido en que lea ningún libro de medicina, porque yo conozco la impresión que puede dejar en un cerebro exaltado, tal clase de lectura. De manera, que esa creencia tiene algún origen

diferente, si ya no fuese efecto de las cabilaciones á que se ha entregado desde la fuga de su amigo. Todo esto debe servir á Vd. de gobierno, para que mida su lenguaje al escribirle.

Dios consuele á Vd., mi buen amigo, y le tenga en su santa guarda, como se lo pide este su obediente y affmo. servidor q. s. m. b.



CARTA XVI.

MANUEL AL DR. FRUTOS.

Mérida, 12 de Julio de 1824.

Mi respetable amigo y señor. Después de la que Vd. escribió á mi deudo y protector D. Pablo, nos hallamos en el mayor sobresalto y consternación acerca de nuestro querido Antonio. El debía haber escrito con el criado de casa, que solemos enviar á Campeche á llevarle nuestra correspondencia: éste ha vuelto, y no hemos hallado una sola carta del idolo de nuestro corazón. No puedo expresar á Vd. la intensidad del dolor y amargura de este atribuladísimo padre, cuyo hijo único, objeto de todo su amor y de sus más fundadas esperanzas. le ha

sido arrebatado de improviso, en lo más florido de su edad juvenil, para arrojarle en un hospital, en donde sólo hay miseria y dolor. Necesitaba este buen anciano de todos los recursos de la religión, para no haber sucumbido en fuerza de aquel suceso, que dejó en su alma una herida tan profunda como incurable. Hasta hoy, las cartas de Antonio eran un lenitivo que, en parte mitigaban sus penas y aflicción. De esto podrá Vd. conjeturar cuál ha sido su angustia, al descubrir la vuelta del criado sin las suspiradas cartas que esperaba ansiosamente, para cerciorarse del efecto que hubiesen producido las que escribimos, en el sentido que nos fué indicado por V. El respetable caballero se ha visto en la precisión de hacer cama, en consecuencia de este desgraciado incidente; y he aquí un nuevo motivo de aflicción para esta casa harto desgraciada, sin merecerlo.

En semejantes circunstancias sólo V., respetable Sr. y amigo, puede ilustrarnos y decirnos lo que realmente pasa. Depositamos en V. la más franca é ilimitada confianza, á que es tan justamente acreedor, y yo le ruego encarecidamente que si no á D. Pablo, por temor de consternarlo más, á lo menos á mí me comunique en todos sus detalles lo que está pasando en San Lázaro. Yo tomaré mis medidas para comunicar á este señor lo

que yo crea conveniente manifestarle sin peligro. Tiene amigos muy ilustrados y sensatos, que podrían coadyuvar conmigo á hacerle más soportable cualquiera desgracia. Esto supuesto, Vd. puede hablarme sin misterios y con entera libertad. Así se lo suplico de todas veras en nombre de la humanidad, que debe á Vd. tantos desvelos y amor.

Yo soy amigo y como hermano de Antonio, pues me he educado en su propia casa: desde la infancia hemos vivido juntos, y ningún secreto hemos tenido oculto entre nosotros. Nuestra correspondencia, desde que se halla encerrada en el hospital, pudiera probárselo á Vd. Las cartas de mi amigo son la historia de todas sus emociones, de todas sus ideas y afectos, y me ha dado cuenta de todo, sin reserva ni limitación. Hágole esta advertencia, para que si juzgase conveniente escribirme, como me atrevo á rogarle lo verifique, hurtando algunos momentos al noble ejercicio de su profesión, que comprende Vd. y desempeña tan bien, pueda usar conmigo de franqueza, y hacerme las confianzas que juzgue necesarias y convenientes.

Escribimos hoy á Antonio en el adjunto paquete, que con esta le será entregado, á fin de que, según la situación de mi pobre hermano, haga Vd. uso de su contenido. El criado portador lleva la orden

expresa de estar allí á la disposición de Vd. por todo el tiempo que sea necesario, sin perjuicio de que si algo ocurre de particular, nos escriba Vd. también por el correo.

Dios conserve á Vd. para bien de la humanidad, como se lo pide este su obediente y respetuoso amigo q. s. m. b.



CARTA XVII.

**EL CAPELLAN DEL HOSPITAL AL
DR. FRUTOS.**

San Lázaro, 15 de Julio de 1824.

Mi querido amigo. Peor fué la última que las noches anteriores. Me parece que la fiebre crece por instantes de una manera que ya comienza á inspirarme temor de que el enfermo no la resista. Hágase Vd. un lugarcito en sus ocupaciones de la ciudad, y véngase tan pronto como le sea posible. Este joven me interesa sobremanera por su amabilidad, por su ilustración y, sobre todo, por sus muy buenos sentimientos religiosos. Un hombre siempre merece nuestra particular benevolencia y caridad; pero un joven semejante debiera conservarse á todo costa.

El médico del hospital también reclama el auxilio y la concurrencia de Vd., y ya verá por esto, que la cosa es demasiado seria. ¡Pobre joven! Con harto dolor me he separado de su lecho, para dirigir á Vd. estas cuatro letras rogándole, como vuelvo á hacerlo con encarecimiento, que venga hoy sin falta. Mientras V. no le vea, yo no puedo estar tranquilo.

Esta mañana amaneció en la puerta del hospital nuestro amo Germán, el sepulturero, cuya larga y misteriosa ausencia ha contribuido, en mi concepto, á redoblar las penas y amarguras de Antonio que, como Vd. sabe, ama con ternura á este pobre anciano. El sepulturero se torció las manos de dolor y virtió lágrimas copiosísimas al enterarse de lo que pasaba, y desde aquel instante no ha abandonado la cabecera del enfermo, asistiéndole con el mayor cuidado y miramiento. Verdad es que no hace sino corresponder á Antonio lo que éste hizo por él en otra grave dolencia que el sepulturero pasó en mi habitación, cuando Vd., con motivo de la columna, se hallaba ausente en el campo.

Antonio no ha reconocido la voz ni la fisonomía de su viejo amigo, lo cual, sobre las extraviadas palabras que se le escapan, y las miradas sombrías que arroja al rededor de sí, me indican que el delirio va á apoderarse de él muy luego,

luego, Tenga V. todo esto presente, y vuelva, en tal virtud, á ver y socorrer á este amigo querido, que nos debe, á Vd. y á mí, tanto amor y estimación.

Suyo que le ama.

Tengo V. de todo esto presente y
 me voy a la ciudad a ver y socorrer a
 este amigo querido que nos debe a V.
 un tanto más y estimación.
 Digo que se ama



CARTA XVIII.

EL DR. FRUTOS A MANUEL.

Campeche, 18 de Julio de 1824.

Muy bien ha hecho Vd. en dirigirse á
 mí, querido joven, para tener nuevas se-
 guras de lo que sucede en San Lázaro.
 De esta suerte me proporciona Vd. la
 ocasión de explicarme acerca de nuestro
 pobre Antonio, sin temor de causar un
 golpe de sorpresa á mi buen amigo el Sr.
 D. Pablo, cuyos pesares y amarguras com-
 prendo perfectamente y..... ¡sábelo el
 cielo...! quisiera yo aliviar. Nada le re-
 servaré de cuanto ha ocurrido en estos
 días, y de esta manera podrá Vd., con mi-
 ramiento, hacer uso de lo que voy á co-
 municarle.

Hace hoy trece días que Antonio está acometido de una fiebre de tan mal carácter, que he comenzado á dudar de su curación, y es muy probable que sucumba en la última crisis de la enfermedad. Retengo, pues, las cartas que Vdes. le escribieron por mi conducto; y por lo que respecta al portador, me ha parecido conveniente que permanezca algunos días en la ciudad. Su presencia en Mérida, sin contestación ninguna de Antonio, sería una puñalada atroz para el infeliz D. Pablo; y yo he querido ahorrarle ó diferirle, por lo menos, una nueva pesadumbre. Vd. verá el modo de explicar plausiblemente esta moratoria.

Desde que volví del campo y comencé á visitar á Antonio, conocí que la fuga de su amigo Regino había hecho en su ánimo una extraordinaria impresión, que se hacía más patente con sus discursos algún tanto extravagantes. Ya Vd. se enteró de lo que escribí á su padre con tal motivo; y ahora agregaré que me pareció notar algunos síntomas de trastorno en el cerebro ardiente del enfermo. Redoblaba mis esfuerzos constantemente, y sin embargo el mal iba adelante, sin detenerse. En vez de responder á mis preguntas, lloraba: en vez de escuchar mis consejos, declamaba; y aun, en cierta ocasión, me dijo que la decantada ciencia de los médicos era un engaño y una falacia,

con que se quería tupir el entendimiento hasta de la gente sensata. Para mí nada habría tenido de extraño este modo de razonar algo brusco, porque yo mismo suelo abrigar mis dudas en ciertas materias que la ciencia da por demostradas; pero me sorprendía que ahora, más que en otras veces, fijasen la atención del enfermo estas ideas, y le ocupasen el espíritu con tal intensidad y exclusión, que no le diesen tiempo para pensar en otra cosa. Y ¡en qué circunstancias! Precisamente cuando su dolencia ha perdido tanto terreno, y cuando más motivos tenía de estar agradecido á los esfuerzos de su médico, por cuyos consejos, estrictamente observados, había llegado á experimentar tan notable alivio, lo cual debía producir en él una convicción totalmente contraria á la que manifestaba contra la medicina y los médicos. ¿Cuál podría ser el origen de semejante preocupación? Perdíame en conjeturas vanas, porque lectura de libros facultativos no era, supuesto que me constaba no poseer uno sólo de ellos; y además, en esos días lo que menos pensaba era en leer. Puede Vd. figurarse muy bien cuál sería mi afán en extirpar de aquella fantasía volcanizada unas impresiones que podían degenerar en verdadera locura. Yo predicaba en desierto, porque lo que más conseguí obtener, fué cierta sonrisa sardónica, que parecía

hacer burla de mis discursos. Entonces era cuando mis temores de un funesto extravío subían de punto, y me hallaba desarmado para combatir el mal. ¿Qué quiere Vd. hacer de un enfermo que no tiene fe en su médico, y que desprecia altamente los recursos de la medicina? Buscaba, pues, el principio de donde provenía aquel escepticismo funesto, y no lo hallaba. Todo era machacar en hierro frío.

Por fin, en la noche del día cuatro recibí un billete del capellán, en que me instaba á marchar inmediatamente á San Lázaro. Aunque yo estaba constipado, lloviznaba, hacía un brisote fuerte y era preciso exponerme á él en la desabrigada playa de San Román, metíme en la volanta y partí de luego y luego. Halléme con la novedad grave de estar Antonio asaltado de una fiebre voraz. Según supe, en aquella tarde había salido del hospital, como tenía costumbre, á pasearse por la playa ó sus espléndidas y frondosas cercanías. Sepa Dios lo que en esa tarde le acaecería, porque volvió desatentado, con los ojos desencajados erizado el cabello y con señales de haber tenido algún extraordinario encuentro; si ya no fuese su alterada fantasía la que hubo de presentarle alguna visión funesta ó monstruosa. Corrió á echarse en los brazos del capellán, á quien pedía, lleno de pavor y

angustia, que le librase de un malvado infame que le perseguía. Por más que hizo el buen sacerdote para tranquilizarle, y hacerle ver que estaba en un lugar seguro, y bajo la protección y amparo de un amigo suyo, nada bastó á tranquilizarle. La fiebre había ya comenzado,

De entonces acá he apurado todos los medios, y no he podido lograr nada. Su delirio ya es espantoso: habla de unas mujerzuelas que la han perdido, lo cual no creo, pues su conducta moral en San Lázaro ha sido irreprochable: maldice á un perverso que le ha engañado: habla con ternura de Regino, é invoca sin cesar el auxilio de Germán el sepulturero, que ya está á su lado; pero que no ha podido reconocer. Yo he pasado algunas noches á la orilla de su lecho; y mis visitas por el día han sido con toda la frecuencia que me permiten las ocupaciones de la ciudad y la distancia en que se halla situado el hospital. Ningún auxilio, de ningún género, le ha faltado; y si llegase á sucumbir, yo le aseguro á Vd. que será por haberse cumplido, siendo aún tan joven, su carrera en este mundo.

Avisaré á V. puntualmente de cualquiera cosa que ocurra. Si yo tuviera seguridad de que el éxito de la curación, que he emprendido, va á ser conforme con mis ardentísimos deseos, podía anunciarle desde hoy que nuestro querido An-